

III

ELOGIO DE VACA DE CASTRO Y LAS LEYES NUEVAS

por el Dr. J. Francisco V. Silva.

En 4.º, 16 × 178 páginas. — Madrid.

El autor del libro publicado con el título que sirve de epígrafe a estas líneas no es un desconocido para la Academia. Bien lo demuestra el hecho de que ésta hubo de nombrarlo, hace tiempo, su Correspondiente en la Argentina, y lo corrobora el que, posteriormente, y en dos distintas ocasiones, académicos tan doctos y tan autorizados, como los Sres. Bonilla y San Martín y Conde de la Mortera, han hecho aquí, en notables informes, el elogio de la labor histórica del joven Dr. J. Francisco V. Silva.

Por esta razón podría creerme dispensado de hablar del autor del libro *Elogio de Vaca de Castro y las Leyes Nuevas*; pero no resisto a la tentación de decir algunas palabras acerca de lo que el Dr. Silva representa en la literatura histórica hispanoamericana, porque estimo indispensable aprovechar todas las ocasiones para rendir el debido homenaje a aquellos que, poniendo sobre todos los prejuicios y sobre todos los particularismos, el culto a la verdad y el interés supremo de la raza, trabajan para realizar la Unión espiritual de todos los pueblos de origen español, como único medio de impedir el predominio de elementos interesados en cambiar el sentido y las tendencias de la civilización hispanoamericana.

Y es esto tanto más indispensable cuanto que no debemos hacernos ilusiones, ni confundir lo que es obra de nuestras beneméritas Colonias con el sentir general de la población americana.

Existe en los distintos países de América un núcleo, cada día mayor, de hombres meritísimos, de gran ilustración, que ha-

cen justicia a la labor realizada por España, y procuran, con plausible tenacidad, destruir los errores históricos que durante cerca de una centuria han pasado como verdad indiscutible, y arrancar del corazón de aquellos pueblos los gérmenes de odio sembrados por la pasión o por la ignorancia; pero la generalidad, la masa, sigue alimentando su inteligencia con todas las añejas preocupaciones y todos los viejos prejuicios contra nosotros, y aun entre los mismos intelectuales hay todavía no pocos que continúan considerándonos como un pueblo atrasado, rutinario e intransigente, que cuando más sólo merece de su parte un piadoso olvido.

La necesidad de deshacer esa leyenda no puede ocultarse a nadie. Como españoles nos interesa velar por el buen nombre de nuestra patria, y como historiadores estamos obligados a trabajar por que triunfe la verdad, por que se destruya esa falsa historia que durante tantos años ha envenenado el alma de las multitudes, y cuya deplorable influencia se ha sentido entre nosotros mismos, hasta el triste extremo de engendrar el menosprecio de todo cuanto es español. Pero precisamente por esto nos interesa también recoger todos los trabajos que nos favorecen, alentar esa campaña de reconstitución histórica y mostrar nuestra gratitud a los que, como el Dr. Ricardo Levene, Juan Agustín García, Alfredo L. Palacios, Rodolfo Rivarola, José León Suárez, Domingo Amunátegui, José Toribio Medina, Luciano Herrera, Raimundo Rivas, Jacinto Gijón Caamaño, Roberto Levillier, Francisco Fernández del Castillo y otros, que sería prolijo enumerar, trabajan por la verdad y por la justicia.

A este número pertenece el Dr. Silva, cuya labor tiene positiva importancia, porque es la obra de un investigador serio y concienzudo, y de un pensador de altos vuelos, que no se limita a rebuscar en nuestros Archivos nuevos documentos que permitan completar la rectificación histórica iniciada, sino que estudiando con imparcialidad el pasado y apreciando con exactitud la situación actual y las necesidades para el porvenir de los pueblos hispánicos, aboga valientemente por una política firme y resuelta de *inteligencia* entre España, Portugal, Brasil y la Améri-

ca Española, para oponerla a la hispanofobia, a la yanquización y al afrancesamiento, y fundar sobre ella una sólida unidad moral que permita realizar los grandes destinos de la raza.

A esta última dirección pertenece la obra titulada *Reparto de América española y Pan-Hispanismo*, y a la primera la que motiva estas líneas, la cual comprende el elogio de Vaca de Castro y fragmento de los Claros Varones por Antonio Herrera, y la reproducción del texto primitivo de las famosas *Leyes Nuevas*.

Prescindiendo de la primera, y contrayéndonos solamente a la segunda, preciso es hacer notar que, con ser el *Elogio*, como dijo Barros Arana, «un hermoso rasgo biográfico del licenciado Vaca de Castro, que podría ponerse sin mengua al lado de las mejores vidas de Plutarco», tiene más importancia la Introducción histórica que encabeza el volumen, Introducción cuyo espíritu, como consigna el Dr. Silva, está atento a la restauración de los viejos valores de la tradición española. «Los héroes de la expansión española en el siglo XVI—dice—pasan, injustificadamente, con más animadversión que admiración. Y esto, como natural reflejo de hispanofobia intelectualista, está falto de razón en la América española; por ello los conquistadores, para los que pertenecemos a la común raza hispánica de uno y otro lado del Atlántico, no son extranjeros, y en virtud de ello podemos los argentinos, por tanto, intervenir en las reparaciones históricas de los mismos.»

Esto no son vanas palabras, sino que refleja exactamente el sentido que domina en toda la obra. Así, comentando los discursos de Claros Varones, escribe:

«Sería vulgaridad pretender que la Conquista española fué impecable, no seríamos nosotros quien la desnaturalizáramos; ella participó de sus inherentes «condiciones de guerra»; lo demás es literatura llevada de un absurdo patriotismo. El siglo XVI fué época de *viva milicia* para España, conducida por Carlos V y Felipe II. Europa entera dió fe de cuánto lucharon por afirmar su Imperio en el Viejo como en el Nuevo Mundo... Duras fueron las prácticas de las penas y sus pruebas en Europa por esta época. Las usuales entonces en El Perú e Indias son las vigentes en

Castilla. Inflexibilidad no humana, pero política, late en la carta de Vaca de Castro al Rey, donde, calificando a Almagro, dice de sus hechos que «hera andar alzado con el servicio de V. M. en estos Reynos y que heran casos de traicion y crimen de *lege majestatis*».

Escrita con este sentido, la obra del Dr. Silva se caracteriza—aparte de su aparato científico y de su interesante ilustración—por una imparcialidad, tanto más plausible cuanto que en la Introducción se estudia uno de los períodos más dramáticos de la dominación española en Indias, aquel en que la lucha entablada en la Península entre lo que se ha llamado el *nacionalismo* y el *misticismo*; esto es, entre dos grandes exageraciones: la exageración de los derechos de los Conquistadores y la exageración de los fueros de la Humanidad, dió origen a las Ordenanzas de 1542, denominadas *Leyes Nuevas*, que aunque atenuadas en Valladolid en 1543, hicieron brotar todos los gérmenes de rebeldía que existían en el Perú, y determinaron la insurrección que capitaneó Gonzalo Pizarro y costó la vida al impolítico Virrey Blasco Núñez Vela.

Después de todo, este libro no es otra cosa que un episodio, por decirlo así, en la labor emprendida por el Dr. Silva. Combatir la influencia exterior que mantiene separados los distintos elementos de nuestra raza, contribuyendo a su debilidad e impidiéndola realizar sus destinos; reconstituir la Historia común para borrar los supuestos agravios y poner de relieve las glorias que son patrimonio de unos y otros; alentar con un sano patriotismo, perfectamente compatible con el respeto debido a todo cuanto de noble y de grande existe en las demás naciones; fomentar la unión espiritual de todos los pueblos hispánicos, lo cual no implica supremacía o predominio para ninguno de ellos en particular; esto es lo que constituye la síntesis de la labor del Dr. Silva, el pensamiento a que responden sus trabajos, el ideal por él acariciado.

Y como ese pensamiento es el nuestro, como ese ideal es el que todos perseguimos, y como la Academia, por mandato de sus Estatutos, por inspiración de su patriotismo, y por irrecusa-

ble consecuencia de su carácter de Cronista mayor de Indias, está obligada a trabajar porque aquí encarne en la realidad y presida la vida de la raza española, puede el Dr. Silva seguir el camino que ha emprendido, en la seguridad de que en él no ha de faltarle ni nuestro aplauso, ni nuestro concurso.

Junio 24, 1921.

JERÓNIMO BÉCKER.

IV

UN ESTUDIO PATRIOTICO

En la importante revista madrileña, *Raza Española* (número de marzo de 1921), se ha publicado un excelente estudio del ilustre filipinista D. Wenceslao E. Retana, con el título de *Índice biográfico de los que asistieron al descubrimiento de las Islas Filipinas*, llamadas primitivamente *islas de San Lázaro*, cuyo cuarto centenario se cumple en el año actual de 1921.

«De todas las expediciones marítimas realizadas por los españoles —escribe el Sr. Retana—, con ser tantas y tan pródigas en sucesos memorables, acaso ninguna de ellas ofrezca mayor interés dramático que la de Magallanes: dejando a un lado las dificultades de diversa índole que el insigne nauta tuvo que vencer, baste decir que de los 240 hombres que, aproximadamente, quedaron alistados en septiembre de 1519, sólo 159 llegaron a las mencionadas islas, de los cuales volvieron a España 33, y no todos al mismo tiempo, pues que los hubo que tardaron hasta siete años en volver.»

El Sr. Retana, valiéndose, entre otros documentos, de la *Colección de los viajes que hicieron por mar los españoles*, de Martín Fernández de Navarrete (tomos IV y V), de la *Historia general* de Antonio de Herrera, de la *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile* de J. T. Medina, de publicaciones del P. Pablo Pastells, S. I., y, sobre todo, de la *Colección ge-*